

María Prado

La ciudad rota



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



La ciudad rota

María Prado (Madrid, 1986)

Dramaturga, actriz y directora. Licenciada en Arte Dramático (Interpretación textual) por la RESAD. Obtiene un Máster de Teoría y Crítica de la Cultura (Humanidades) y Matrícula de Honor en el Máster en Creación Teatral de la Universidad Carlos III de Madrid coordinado por Juan Mayorga. Amplía su formación con maestros como Vicente Fuentes, Will Keen, Declan Donnellan (Biennale de Venecia, 2012), Joanne Howarth (Shakespeare's Globe) y en cursos en el Teatro de la Abadía y con la Michael Chekhov Association en Canadá. Como dramaturga se entrena en talleres con Mark Ravenhill, Martin Crimp (Biennale de Venecia, 2016), Alberto Conejero, Rafael Spregelburd, entre otros. En 2009, es seleccionada como actriz para formar parte de la segunda promoción de la Joven Compañía Nacional de Teatro Clásico. Desde 2013, compagina su trabajo como actriz con el de dramaturgia, dirección y producción dentro de su compañía Cuartoymitad Teatro. Su primera obra *Escriba su nombre Aquí*, coescrita y codirigida junto con Fernando de Retes, obtuvo gran éxito con posteriores giras nacionales e internacionales (La Habana, XXX Festival Internacional de Teatro Hispano de Miami, XVII FIT Nicaragua, II FIT Riviera Maya, VI Festival Internacional Escena Mazatlán...) con el apoyo de INAEM, AECID y Fundación SGAE. En 2015, escribe y dirige *(Des)de los escombros*, estrenada en Madrid y publicada por Ediciones Antígona en 2017. Esta obra es traducida al inglés con la ayuda de Fundación SGAE y representada en el XXVI Festival Internacional «Mujeres en Escena por la Paz» de Bogotá (Colombia). Este mismo año, es becada por el Laboratorio Rivas Cheriff del Centro Dramático Nacional para participar en el laboratorio internacional de dramaturgia «L'Obrador d'estiu» con Simon Stephens en la Sala Beckett de Barcelona.

Más información:

www.mariaprado.net

www.cuartoymitadteatro.com

María Prado

La ciudad rota



© María Prado

© *Del prólogo*
Eduardo Pérez-Rasilla

© *De la presente edición:*
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:
Vicente Alberto Serrano

NIPO: 035-17-050-X

VI Programa de Dramaturgias Actuales

El talento y la excelencia creadora de los jóvenes dramaturgos españoles avanza con paso firme hacia un momento de plena madurez. En estos seis años desde que el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) puso en marcha el Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales, el proyecto se ha consolidado como una importante plataforma para la proyección de las múltiples miradas y propuestas de nuestros creadores. Un trabajo que además cuenta con un destacado marco de exhibición en la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de Alicante, a quienes también apoyamos y felicitamos por cumplir un cuarto de siglo impulsando nuestro repertorio teatral más actual.

A este esfuerzo del INAEM por respaldar los primeros pasos de las nuevas generaciones de autores, debemos sumar también los proyectos que desde el Centro Dramático Nacional (CDN) promueven la creación dramática, entre otros, el programa *Escritos en la escena* —enmarcado en el

proyecto de investigación teatral del Laboratorio Rivas Cherif-, o el proyecto *Dramatourgias*, un conjunto de talleres de teatro español contemporáneo impartidos por jóvenes escritores que el CDN y la AECID organizan por diferentes países de Latinoamérica. Todas estas iniciativas en su conjunto, sumadas a la concesión del Premio de Teatro para autores noveles Calderón de la Barca, forman una sólida estructura desde la que promocionar a nuestros jóvenes escritores teatrales en las etapas iniciales de su recorrido profesional.

A los autores incluidos en las cinco ediciones anteriores del programa, se añaden en esta nueva promoción cinco nombres que reflejan el momento de especial pujanza que vive nuestra dramaturgia actual. Con orígenes y aproximaciones diversas, no cabe duda de que el público pronto disfrutará de las propuestas de Celso Giménez Zamora, María Prado Sánchez, Francisco Javier Sahuquillo Vallejo, Víctor Sánchez Rodríguez y Ernesto Suárez Is. Mi enhorabuena desde aquí a esta nueva generación que esperamos aplaudir muy pronto sobre los escenarios.

Montserrat Iglesias

Directora general del INAEM

La ciudad rota de María Prado

Eduardo Pérez-Rasilla

Universidad Carlos III de Madrid

La escritura de María Prado tiene una tonalidad propia. Sus diálogos, desde *Escriba su nombre aquí*, su primera obra estrenada, combinan la sencillez y la ternura con un humor amable que pone en tela de juicio, desde una manera de pensar aparentemente sencilla, los fundamentos de la percepción y de las construcciones e instituciones sociales. Su deliberada inocencia, propia del juego, que renuncia a los principios lógicos o a las normas establecidas (o asumidas socialmente), para sustituirlas por otras vías de conocimiento y transformación de las relaciones, revelan una escritura consciente, un punto de vista paradójicamente firme, una actitud ante la vida y ante el teatro. Sus personajes, tal vez frágiles pero dueños de inusitados recursos, nos trasladan a los espacios en los que la utopía y la distopía se entrecruzan y nos solicitan una respuesta imposible y, a la vez, sencilla como una adivinanza. La escritura de María Prado se muestra ligera, ágil, limpia, no exenta de un sin-

gular sentido poético, cernida y capaz de construir un pequeño universo dramático a un tiempo entrañable e inquietante. Ambiciosa e imaginativa, construye un entramado compositivo atrayente, pero que requiere el esfuerzo del espectador -aquí convertido en viajero- para transitar por una estructura insólita, hecha de espejos, de pliegues y de puertas secretas que nos trasladan en el tiempo y el espacio sin advertencia previa y sin más orientación que el fantástico y precario mapa-guía de Alicia.

No es extraño que en *La ciudad rota*, el texto que ahora se publica, el primer referente literario que advertimos sea el de Italo Calvino. Las citas explícitas de su libro *Las ciudades invisibles* no solo constituyen el punto de partida de *La ciudad rota* (el título es evidentemente deudor del que concibió el escritor italiano), sino que aportan un marco de referencia, un lenguaje y un imaginario. El territorio fantástico y concreto a la vez que se dibuja en *Las ciudades invisibles* inspira algunos aspectos del drama de María Prado, pero es sobre todo la mirada del novelista italiano la que aporta un enfoque y un fundamento para el lenguaje. Cómo no pensar en libros como *Marcovaldo o las estaciones de la ciudad* o en *Palomar*, cuando Alicia, provista de su mapa, contempla o imagina lugares en imposibles ciudades. O en el Cósimo de *El barón rampante*, con su voluntad de una constreñida y paradójicamente luminosa percepción del mundo, cuando Bastián y Alicia debaten sobre la realidad y el lenguaje. La voz de Calvino, maestro en la utilización del apólogo y de la fábula para el escudriñamiento de realidades complejas, y defensor de la levedad, la visibilidad y la multiplicidad entre las propuestas para la literatura del milenio que comenzábamos hace ya casi dos décadas, resuena

tras cada una de las réplicas de este nuevo texto de María Prado, sin que por ello la palabra de la autora pierda frescura ni originalidad.

A la influencia de Calvino se suma el diálogo con otras dos celebradas novelas, de las que viajan al drama sus principales personajes: *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carrol, y *La historia interminable*, de Michael Ende. La asociación de los tres referentes literarios no es caprichosa, pues en los tres se explora la posibilidad de transitar entre la imaginación y la realidad, entre la lectura y la acción, y en las tres también la fábula sirve para la reflexión ética. En Alicia nos topamos con innumerables juegos de espejos, con alteraciones de la lógica practicadas desde una especie de metalógica o con el descenso/ascenso a territorios inusitados en los que todo es posible, sin que por ello dejen de parecerse mucho a los ámbitos en los que se desarrolla nuestra vida común. En *La historia interminable*, Bastián, al decir de Ende, le da la espalda a la realidad y para encontrarla ha de emprender un viaje en sentido inverso, pasando por lo fantástico. Abandona el mundo real en que nada tiene sentido, y se adentra en la fantasía, cargada de significado. Estos dos personajes se encuentran en su camino, extranjero cada uno para el otro, pero solidarios en la tarea de búsqueda de una ciudad (o de muchas ciudades que son una sola) en la que como escribe Calvino “no disfrutas de las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da una pregunta tuya. O la pregunta que te hace obligá-dote a responder como Tebas por boca de la Esfinge”.

Las dudas entre la realidad y la ficción o la apelación al lenguaje como posibilidad de cambio (“Al nombrar distin-

to algo estamos cambiando ya. Hay palabras que al decirlas abren puertas”, explica Alicia), frente a la conveniencia de la acción (“Pero también hay que cambiar las cosas, mejorarlas, hacerlas de verdad”, replica Bastián) tienen que ver con el modo de abordar esas preguntas de la Esfinge, que aterrizzaba a la ciudad, según creían los habitantes de Tebas, o que la protege, según ha explicado José Miguel Marinas.

En el itinerario de Alicia y Bastián (o de Alicias y Bastianes) que nos muestra María Prado nos encontramos con los lugares oscuros de la ciudad: el racismo, la destrucción, los bombardeos, el deterioro o la enfermedad. O los desahucios. Por cierto, es significativo que la primera acepción del DRAE para la palabra desahuciar sea la de “quitar a uno toda esperanza de conseguir lo que desea”, definición de resonancias dantescas en su visita al Infierno cuando emprendió, como reconoce Ende, el camino en sentido contrario que le conduciría al cielo. Tal vez Alicia tema que el infierno se aloje en su memoria.

E. P.-R.

La ciudad rota

A nuestra ciudad que será

En los momentos de crisis solo la imaginación es más importante que el conocimiento.

Albert Einstein

Quien controla el pasado controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado.

1984, George Orwell

- *Sir, estabas distraído. De esa ciudad justamente te estaba hablando cuando me interrumpiste.*
- *¿La conoces? ¿Dónde está? ¿Cuál es su nombre?*
- *No tiene nombre ni lugar. Te repito la razón por la cual la describía: del número de ciudades imaginables hay que excluir aquellas en las cuales se suman elementos sin un hilo que los conecte, sin una regla interna, una perspectiva, un discurso. Ocurre con las ciudades como con los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inversa, un miedo. Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra.*
- *No tengo ni deseos ni miedos —declaró el Kan—, y mis sueños están compuestos o por la mente o por el azar.*
- *También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.*
- *O la pregunta que te hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la Esfinge.*

Las ciudades invisibles, Italo Calvino

Obra para dos intérpretes

Personajes

– A la(s) que llamaremos ALICIA(s)

– A l(os) que llamaremos BASTIAN(es)

a lo largo de distintos tiempos (y por tanto de distintos espacios)

Notas de la autora

El signo / indica solapamiento del diálogo por la siguiente intervención.

El signo – indica interrupción del discurso por la siguiente frase o pensamiento.

La letra en MAYÚSCULAS indica intensidad, no necesariamente grito.

Escena 1. El encuentro

«(...) —Mi nombre es Alicia, pero... —¡Vaya nombre más estúpido!— interrumpió Humpty Dumpty con impaciencia.—¿Qué es lo que quiere decir? —¿Es que acaso un nombre tiene que significar necesariamente algo?— preguntó Alicia, nada convencida. —¡Pues claro que sí!— replicó Humpty Dumpty soltando una risotada:—El mío significa la forma que tengo... y una forma bien hermosa que es. Pero con ese nombre que tienes, ¿podrías tener prácticamente cualquier forma!» Alicia a través del espejo.

- Despierto. Sin llegar a abrir los ojos intento imaginar la palabra imposible.
- ← Este mapa no es de aquí... hace mucho que dejé atrás todos estos nombres.
- Soli...ven...cian. Me suena a medicamento. Mesyliancesso. Debería de ser algo así como una metáfora. Gratilo. Dicoto. Fatáfaro. ¿Restrialencia? Me levanto a por un café.
- ← Aparece una hormiga en la esquina de mi mapa.
- Hay una hormiga en el suelo. La llamo... «Butrancita». Sí, esa sí, es claramente una butrancita. Hay una butrancita en el suelo. La persigo con la mirada, observo cómo se mantiene en el filo de una grieta de la baldosa. Parece que va a caer dentro del precipicio pero se aferra con fuerza al borde.

- ← Coloco el mapa en el suelo para que se vaya. Se mueve entre los pliegues como si quisiera indicarme algún sitio. Siento que la anduviera persiguiendo, acorralando con mi mirada... La dejo huir.
- Un plato mordido en su orilla me indica el camino fuera de la cocina hacia el salón. ¿De dónde saqué ese cuadro que se derrite? Hay una lámpara en el borde de la mesa, a punto de caerse pero sin llegar a hacerlo. Una inestabilidad estable en la espera. La espera de las cosas para que caigan.
- ← Veo... veo una almohada destripada, trozos de plástico rojo. Restos de una foto de un niño.
- La fotografía de mis padres. Yo no la puse aquí. No recuerdo haberla tenido nunca encima de esta estantería. Se les ve distintos... jóvenes. Me contaron tantas veces ese viaje que es como si yo lo hubiera vivido, pero no, no lo viví.
- ← Un cartel desgastado al que le faltan letras (¿una E? ¿Una u? ¿Eso era una c?) me indica la llegada a un lugar, que no parece un lugar. Hace tiempo que perdí a la hormiga.
- Mis libros medio abiertos. Todos mis cuadernos escalonados... Como si quisieran escapar de aquí. De mí.
- ← Casas bajas entre el asfalto que modela extrañas montañas y volcanes.
- «Me pregunto si he cambiado durante la noche. Déjame pensar. ¿Era la misma persona cuando me levanté esta mañana? Me parece recordar sentirme un poco diferente. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es ¿quién soy en el mundo?»

- ← Esa casa, la de las pintadas. ¿No es...?
- «Alicia en el país de las maravillas». Lo dejo abierto por esa página, sigue algo mojada.
- ← Se parece mucho a otra que vi antes...
- Cojo mi guía. Y un lápiz. Salgo. Cierro la puerta que no se cierra. Procuro mirar bien las paredes. Los rastros. Anoto: Paredes blancas gastadas, pintada con letras indescifrables en rojo. Techo en caída libre. Casa. Casa de... Casa de...
- ← Encuentro a una mujer. Sonríe.
- Un joven me mira, me sonrío. ¿Le conozco?
- ← No quiero asustarla.
- Anoto: Joven con algo que querría ser un mapa en la mano. Se para.
- ← Me paro. Miro la fachada de una casa... –Bonita.
- Lo era.
- ← Lo es.
- Tiene un acento raro, no es de aquí. (*Silencio*) –¿Qué miras?
- ← ¿Y ese edificio de allí? ¿Qué era?
- ¿Edificio?
- ← ¿Viene en la guía esa?
- No.
- ← ¿Un mercado? Parece un mercado.
- Solo quedan unos cuantos bloques de hormigón. ¿Cómo puedes saberlo?

← No sé... tiene pinta de mercado.

Silencio.

← Hay poca gente por aquí.

→ Muchos se fueron.

← A veces hay que irse.

→ Supongo.

← ¿Tú no te vas?

→ No.

Silencio.

← Las guías... Son útiles.

→ A mí me pierden. Me quedo enganchada leyendo y se me olvida dónde estoy. Me condicionan demasiado. Si leo qué significa una escultura o el nombre de una calle me vuelvo incapaz de ver sin pensar en lo que he leído.

← ¿Y entonces?

→ Esta guía es diferente. Me ayuda a pensar.

← Apuntas cosas.

→ A veces solo una palabra o un signo. Escribo lo que veo, lo que imagino... Lo que me gustaría ver y no veo.

← A mí me ves.

→ Sí.

← ¿Cómo me ves?

→ Es una guía de viajes. No de personas.

Silencio.

- ← ¿A dónde vas?
- A dar un paseo.
- ← ¿Puedo ir contigo? Podemos usar tu guía.
- Casi nada de lo que viene está ya, ni siquiera las avenidas principales... (*Pausa*) Pero puedo enseñarte la ventana en la que vi a un pájaro estrellarse ayer.
- ← Vale.
- ¿Cómo te llamas?
- ← Estoy cambiando de nombre. Aún no he encontrado ninguno.
- Alex. Te pega Alex. O algo como... étnico.
- ← ¿Como étnico?
- Vienes de lejos ¿no?
- ← ¿Y eso es étnico?
- Podrías llamarte algo extraño.
- ← No, paso, no quiero nada extraño.
- Entonces llámate Fernando. Aquí hay muchísimos Fernandos.
- ← No me sueno como Fernando.
- O podrías llamarte Bastian.
- ← Bastian.
- Sí, es el protagonista de un libro.
- ← «La historia interminable.»
- ¿Lo conoces?

← Los *étnicos* también leemos.

→ Sí, sí... Pensé... Bueno, ¿te gusta entonces?

BASTIAN.— Está bien. ¿Y tú, cómo te llamas?

→ Te toca darme un nombre.

BASTIAN.— Eh... no sé.

Pausa breve.

→ Podrías llamarme...

BASTIAN.— Alicia.

ALICIA.— Eso era lo que iba a decir.

BASTIAN.— Lo adiviné.

ALICIA.— Esta es la que era la casa de Alicia.

Seísmo 1. Examen
(Mono/Diálogo a dos voces de Alicia)

— ¿Cómo se encuentra?

— Bien, ya estoy mejor. Solo algo asustada con todo esto.

— No se preocupe, es normal. ¿Sabe decirme qué fecha es hoy?

— Es 4. No, no. 5 de junio de 2017.

— Bien, perfecto. Repita y memorice tres palabras simples.

— Árbol, cristal, pájaro.

Pausa larga

— ¿Cuáles eran las palabras?

— Árbol, cristal, pájaro.

— Bien. Apunte en este círculo las horas. Ponga todos los números en la posición correcta, como si fuera un reloj. Estupendo. Ahora dibuje las manecillas de las 15:30. *(Pausa)* Bien. Las de las 19:15. *(Pausa)* Bien, perfecto.

Escena 2. Mirar de nuevo

«(...)¿podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí? –Esto depende en gran parte del sitio al que quieras llegar –dijo el Gato. –No me importa mucho el sitio...–dijo Alicia. –Entonces tampoco importa mucho el camino que tomes – dijo el Gato. – ... siempre que llegue a alguna parte – añadió Alicia como explicación. – ¡Oh, siempre llegarás a alguna parte – aseguró el Gato –, si caminas lo bastante!» Alicia en el País de las Maravillas.

BASTIAN.– ¿Cuándo pasó?

ALICIA.– Aquí había un jardín. Con una verja. A través de los barrotes se veía verde. Verde en movimiento.

BASTIAN.– ¿Eso son los restos de la verja? El metal está doblado.

ALICIA.– O quizás era un colegio.

BASTIAN.– O un hospital.

ALICIA.– Puede que fuera la verja del colegio.

BASTIAN.– ¿No lo sabes?

ALICIA.– Rehago nuevos recuerdos.

BASTIAN.– ¿Qué? No creo que se pueda hacer eso.

ALICIA.– Dudo que se pueda hacer otra cosa. ¿No recuerdas algo que nunca pasó pero que es como si hubiera sido? En algún momento tu mente siente que es un

mejor recuerdo que el que había y, por alguna razón, lo reconstruye, y eres capaz de revivirlo, incluso las sensaciones que no tuviste, y te acuerdas del sitio, el día, la hora... Lo que una persona nunca te dijo, pero tú podrías jurar que dijo aquí mismo.

BASTIAN.— Sí. Pero eso no es un recuerdo de verdad. No pasó... de verdad.

ALICIA.— ¿Tú qué quieres que hubiera habido aquí?

BASTIAN.— No sé, yo no he estado aquí nunca... Lo del colegio me parece bien.

ALICIA.— ¿Qué colegio? ¿Cómo es?

BASTIAN.— No sé.

ALICIA.— Qué poquita imaginación...

BASTIAN.— Grande. Con muchas clases. Muchos niños.

ALICIA.— Los niños se asoman a través de la verja porque quieren salir a la calle en el recreo.

BASTIAN.— No, los niños están bien dentro. Aprenden, y pueden jugar sin que nadie... en un patio grande, con suelo duro y frío, pero mucho aire para respirar.

ALICIA.— ¿Puedes verlos?

BASTIAN.— ¿Cómo voy a verlos? Me lo estoy inventando.

ALICIA.— Ahí. Mira como si estuvieras viendo. Cómo se le cae los mocos al niño más pequeño, al que está sentado en la barandilla. Cómo esa niña se sube las medias y aprovecha para rascarse detrás de las rodillas, «qué incómodas son estas faldas de uniforme», piensa antes de seguir corriendo.

BASTIAN.— Hay árboles, árboles en el centro del patio, con hojas verdes.

ALICIA.— Los niños juegan entre los árboles. Los árboles quisieran que los niños no gritaran tanto, parece que les dijese «sshhh» con sus hojas...

BASTIAN.— Hay líneas en el suelo que los niños pisan, como si no estuvieran.

ALICIA.— Trepan a los árboles sin miedo a caer.

BASTIAN.— Un niño se acerca a otro. Dice algo. Le empuja. Comienzan a pelearse. Se agarran de la ropa. Le insulta, el niño ese le insulta en un idioma raro, que no es el mío, palabras con muchas «rrrrr», algunas «jjjjj», con «pes» que escupen, con «tes» que muerden. Le dice... le dice algo que no entiendo, que el niño no entiende. Pero que adivina. Y le retuerce el brazo hasta que—

ALICIA.— Eso no pasó. Aquí no. Vuelve a recordar.

BASTIAN.— ¿Qué era esto en realidad? ¿No lo pone en tu guía?

ALICIA.— En mi guía pondrá lo que yo escriba. Este lugar nunca aparecería si no lo nombrara.

BASTIAN.— ¿Y qué vas a poner?

ALICIA.— Lo decidiremos juntos, ¿quieres?

BASTIAN.—El colegio me gustaba... Antes de—

ALICIA.— Haremos el colegio que será. El que debería haber sido, el que debería ser.

BASTIAN.—No habrá barras de metal, que hacen daño.

ALICIA.— La estructura puede ser firme, pero no violenta. Haremos que se sostenga y que sea... amable.

BASTIAN.—En plan... ¿Un castillo hinchable?

ALICIA.— Eh... no.

BASTIAN.—Pues a los niños les encantaría.

ALICIA.— Sería un colegio muy ñoño, pero nada... nada utópico.

BASTIAN.—Hacer una utopía es imposible.

ALICIA.— Intento pensar en al menos tres o cuatro cosas imposibles cada mañana. Como la Reina Blanca.

BASTIAN.—¿Reina Blanca?

ALICIA.— De «Alicia a través del espejo». ¿No leías?

BASTIAN.—Vale, vale, empecemos de nuevo. Aquella media columna de cemento y hierro. Yo creo que allí había una panadería.

ALICIA.— Acércate. ¿Huele a pan?

BASTIAN.—Sí.

ALICIA.— Date tiempo.

BASTIAN.—Huele... a pan recién hecho, caliente y blandito. La gente compraba todos los días una barra y la pellizcaba nada más salir. En... en este sitio. A veces se sentaban en un banco que había por aquí, con su pan, a mirar a los demás pasear con sus barras de pan por la calle. Calles repletas de personas y de pan. *(Pausa)* ¿Volverá a ser una panadería?

ALICIA.— ¿Sería bueno que lo fuera?

BASTIAN.—¡Claro! ¿Qué apuntas?

ALICIA.— «Panadería» dibujo la dirección y la describo como tú cuentas.

BASTIAN.—¿Es eso lo que había realmente?

ALICIA.— No. Pero si lo apunto es posible que en un futuro lo sea. Si alguien viene y quiere reconstruir este lugar... mejor que sea con eso que con lo que había antes.

BASTIAN.—¿Qué había antes?

ALICIA.— Si lo nombro es lo que habrá sido, se quedará fijado en la Historia.

BASTIAN.— ¿Qué era?

ALICIA.— Es mejor olvidarlo.

BASTIAN.—Va, dime, venga, ¿qué era?

ALICIA.— Una oficina de seguros.

Pausa.

BASTIAN.— Bueno...

ALICIA.— Ironías del pasado.

BASTIAN.— No es muy...

ALICIA.— Memorable.

BASTIAN.— La verdad que no.

ALICIA.— No siempre merece la pena recordar todo. Algunas cosas sí, algunas cosas si no las recordamos igual dejamos de saber quiénes somos, en quiénes nos podemos convertir.

Silencio.

BASTIAN.— Dejémoslo en que era una panadería.

ALICIA.— Yo creo que es lo mejor.

BASTIAN.— Y aquí el banco para sentarse.

ALICIA.— De madera, será de madera, nada de poyete de esos con pinchos. Es un sitio para poder estar, en la calle, el tiempo que se quiera.

BASTIAN.— Porque no dará miedo, porque será un placer estar en la calle.

ALICIA.— Lo será.

Irrupción 1. Tú eres de aquí

BASTIAN.— Si te dice eso, tú no le hagas caso. Tú eres de aquí, como ellos. Esta es tu ciudad. Conozco las calles, y tú también ¿no? ¿A que sí? ¿A qué sabes cuál es tu casa? Esa es. Yo llegué aquí. Hace mucho tiempo ya... Pero tú no. Tú naciste aquí. De verdad, ese niño es... Si te agarra, tú grita. Dile que no te levante la falda. Que eso no se hace. Que como te... No, no, no le digas eso. Mejor no le contestes. Haz como si no existiera. Algún día se dará cuenta de lo que hace, y se sentirá... Sí, lo hará. Ni caso a los insultos. Podrían ser otras palabras, que significaran cosas bonitas... dichas con mucho ímpetu. Con mucha energía. Imagínate que son otra cosa. O puedes llamarle tú palabras que él no sepa que significan. Invéntatelas. Ya verás que eso no se lo espera... *(Pausa)* Si te pega llama a algún profesor. No te calles. Pero no le pegues tú. No hagas eso. ¿Me oyes? No pegues. Ni te vayas hacia la pared, no dejes que te arrinconen. Súbete al árbol hasta que se cansen de escupir. Tú no eres como ellos. No hagas lo que hacen ellos. No tengas miedo, sé valiente. Sí que eres valiente. De verdad que lo eres. *(Pausa)* Ya verás como mañana todo irá mejor.

Escena 3. Un reloj puede ser una brújula

«(...)Y todo aquel valle estaba ocupado por una ciudad... En cualquier caso, podía darse ese nombre a aquella multitud de edificios, aunque era la ciudad más disparatada que Bastian había visto nunca. Sin plan ni propósito, las casas parecían amontonarse como si fueran dados; como si, sencillamente hubieran sido sacudidas allí de su saco por algún gigante. No había calles, ni plazas, ni ninguna clase de orden reconocible. Pero también los edificios parecían absurdos: tenían puertas en el tejado, escaleras en sitios a donde no se podía llegar y otras que hubiera habido que recorrer cabeza abajo y que acababan en el vacío. Había torrecillas transversales y balcones que colgaban verticales de las paredes, ventanas en lugar de puertas y suelos en lugar de muros. Había puentes cuyo arco se interrumpía de pronto, como si su constructor se hubiera olvidado en mitad de la obra de lo que debía ser el conjunto. Había torres curvadas como plátanos y pirámides colocadas en su cúspide. En resumen, toda la ciudad producía una impresión de locura.» La historia interminable.

BASTIAN.— Qué curiosos son esos edificios.

ALICIA.— ¿Cuáles?

BASTIAN.— Los que parecen solo una pared, según los mires.

ALICIA.— Bueno... es que esa es solo una pared.

BASTIAN.— Ah. *(Pausa)* Ese balcón que da a la nada es...

ALICIA.— Desconcertante.

BASTIAN.— Sí. ¿Esto es lo que me querías enseñar?

ALICIA.— No, está tres manzanas más adelante.

BASTIAN.— ¿Qué manzanas? Todo está destrozado... ¿Cómo te orientas?

ALICIA.— Me dejo pistas para acordarme. Escribo en las esquinas cosas. Cuando hay esquinas. Flechas que indican. Como si fueran huellas. Les voy poniendo distintos colores, según la ruta. Hoy estamos haciendo la ruta amarilla, ¿lo ves? Los edificios que están a medias también se vuelven señales. Las de tráfico ya no apuntan a nada que exista. Donde pone «Centro histórico» y una flecha ya no indica el centro. Porque ya no hay centro, ni periferia, ahora es difícil saber dónde acaba y dónde empieza la ciudad.

BASTIAN.— ¿No hay un muro o una valla que la delimite?

ALICIA.— No. Ahora ya no.

BASTIAN.— ¿Y cómo se protege?

ALICIA.— ¿De quién?

BASTIAN.— De la gente que quiera destruirla.

ALICIA.— Al final ningún muro protege de eso. Solo las personas pueden cuidar una ciudad. Y las esfinges supongo.

BASTIAN.— ¿Las esfinges no eran malas?

ALICIA.— Depende de quién te cuente su historia. Las de mi cabeza no, las de «La historia interminable» tampoco, ¿no?

BASTIAN.— No sé...

ALICIA.— Sí, hombre, la puerta con las dos esfinges que se miran mutuamente, que saben todos los enigmas del universo... «Nosotros y los demás seres percibimos algo con la mirada. Vemos el mundo. Pero una esfinge no ve nada; en cierto modo, es ciega... En cambio, sus ojos transmiten algo. ¿Y qué transmiten sus ojos?»

BASTIAN.— ...Todos los enigmas del mundo»

ALICIA.— ¿Te acordaste?

BASTIAN.— No sé, de repente... lo adiviné. ¿Y las esfinges deciden por toda la ciudad? No me parece bien.

ALICIA.— Quitamos lo de las esfinges por el momento, y tachamos lo del muro, no sirve para nada.

BASTIAN.— Podemos dejar una parte. Y así recordar cuando hubo uno. Esto parece un trozo de muro... Ponemos *graffitis* chulos. Podemos dibujar una esfinge de esas. Y escribir los nombres de las personas que queramos. La gente los leería y preguntaría por ellos, así seguirían aquí, aunque se hayan ido. ¿Los recordarían?

Pausa breve.

ALICIA.— Yo lo apunto. ¿Ya sabes dónde estás?

BASTIAN.— No.

ALICIA.— Puedes mirar el, mirar el... cómo, el, el... ay, no me sale ahora, el, bueno, el... horas, minutos, tiempo...

BASTIAN.— Reloj.

ALICIA.— ¡Eso! Mirar el reloj del campanario. Se ve desde casi todos sitios.

BASTIAN.— ¿El de allí? ¿Es parte de una iglesia?

ALICIA.— Ya no. Ya no hay iglesia. A mí me gusta más así.
Solo.

BASTIAN.— Le faltan números... y ladrillos.

ALICIA.— Se han quedado marcadas las doce menos un
minuto, y ya no se mueve.

BASTIAN.— ¿Van a hacer algo?

ALICIA.— Supongo que rezar para que no se caiga.

BASTIAN.— ¿Sigue sonando?

ALICIA.— Yo a veces lo oigo. Aunque es imposible. Es la cos-
tumbre de haberlo escuchado a ciertas horas siempre.
Y cuando había fiestas, o para los difuntos. También se
oyó cuando todo tembló. Hay edificios que parece
que siguen sonando aunque ya no suenen.

BASTIAN.— ¿Cuándo van a recoger todo esto?

ALICIA.— No creo que pronto.

Silencio.

BASTIAN.— Antes de que muriera mi ciudad yo me podía
orientar con los ojos cerrados. Una vez jugamos a eso.
A taparnos los ojos y caminar. Cada vez más rápido.
Con los ruidos, con los olores podía ir recorriendo las
aceras hasta encontrar mi casa sin que me pasara nada
malo. Había música en las calles. Olía a café y a comi-
da. Después, a polvo y basura. Demasiado silencio para
andar con los ojos cerrados.

ALICIA.— ¿Dónde está tu ciudad? ¿Cómo se llama?

BASTIAN.— Buah, muy lejos. Cuando la destruyeron se quedó sin nombre.

ALICIA.— Tú se lo darás. Para construir una ciudad, lo primero que se necesita es darle un nombre.

BASTIAN.— ¿Y ésta cómo se llama?

ALICIA.— ¡Aún no se lo pusimos! Tenemos que inventarnos uno.

BASTIAN.— Bros...mar—mintanismalita.

ALICIA.— Eh... Podemos seguir pensando. Debería ser una palabra—

BASTIAN.— Resnalizonia.

ALICIA.— No hace falta decidirlo ahora tampoco.

BASTIAN.— Tenzostilandia, Alcesiastria, Epencteuria, ¿Astrulitia?

ALICIA.— Astrulitia, suena muy...

BASTIAN.— Apúntamelo para que no se me olvide.

ALICIA.— No... no te preocupes, seguro que no se nos olvida.

Irrupción 2. Veo, veo...

BASTIAN.— ¿Qué ves? *(Pausa)* ¿Por qué letrita empieza? *(Pausa)* Por la «be». A ver, déjame que piense... ¿Está cerca? Bueno, bueno, era solo una pista. ¿Puede que sea mi... barba? Frío, frío... ¿Ni una pista me vas a dar? Es... ¡tu bicicleta! Tampoco. *(Pausa)* Es pequeña, es pequeña... ¿cómo de pequeña? ¿cómo tú? ¡Más pequeña! ¡Un bicho! ¡Tiene que ser un bicho! Caliente... Mmm... Así que es un tipo de bicho o algo... ¿un bichito chiquitito? Ya... no sé... Me rindo. ¿Qué es? Una «becitilisa». ¿Qué es eso? Pero qué morro tienes, te inventas palabras y esperas que las acierte. ¿Y dónde se supone que veo una «becitilisa»? Ah, ahí. Sí, sí que tiene pinta de becitilisa. Sí... es como... así, como... claramente... una becitilisa. Ahora me toca a mí, te vas a enterar. Me voy a inventar una difícilísima. Sí, sí, difícilísima. A ver si la adivinas... Veo, veo... *(Pausa)* Una cosita... *(Pausa)* Empieza por la...

Réplica 1 Seísmo 1.
Examen en primera línea
(Mono/Diálogo a dos voces de Alicia)

— ¿Cómo se encuentra?

— Mejor, más tranquila.

— ¿Sabe qué día es hoy?

— Primeros de junio de 2017.

— ¿La fecha exacta?

— No sé. ¿5?

— Bien, perfecto. Repita y memorice tres palabras simples.

— Grátilo, dicoto, jasapo.

— Esas palabras no existen.

— Son inventadas. Las he inventado yo.

— No valen.

— ¿Por qué no?

— Tres palabras; reales y simples.

— Piedra, cortina, agua.

Pausa

— ¿Cuáles eran las palabras?

— *Pietra,*—

— Piedra...

— cortina y...

Pausa larga

— Se escurre.

— Agua.

— Apunte en este círculo las horas. Ponga todos los números en la posición correcta del círculo como si fuera un reloj. (*Pausa*) Fíjese bien. ¿Están en la posición correcta?

— Sí.

— ¿Seguro?

— Sí, claro.

— Ahora dibuje las manecillas de las 11:20. (*Pausa*) Las 11:20. No, las de las 11:20. Ahora las de las 20:30. (*Pausa*) Ahora las que no llegarán.

— ¿Cómo?

— Las 23:59.

— Las que no llegarán.

— ¿Qué dice?

— Ha dicho las que no llegarán.

— No, le he pedido que dibuje las de las 23:59.

— ¿29:53?

Silencio.

— ¿En qué ciudad estamos? ¿Se acuerda de en qué ciudad estamos? (*Pausa larga*) ¿Cuál es su nombre? (*Pausa*) ¿Cuál es su nombre? (*Pausa*) Continuaremos mañana.

**Escena 4. Fotografía de árbol sangrante y estatua
con cicatrices**

«(...) –Siete años y seis meses... –repetía Humpty Dumpty, cavilando. –Una edad bien incómoda. Si quisieras seguir mi consejo te diría «deja de crecer a los siete»..., pero ya es demasiado tarde. –Nunca se me ha ocurrido pedir consejos sobre la manera de crecer– respondió Alicia, indignada. –¿Demasiado orgullosa, eh?– se interesó el otro. Alicia se sintió aún más ofendida por esta insinuación. –Quiero decir –replicó– que una no puede evitar el ir haciéndose más vieja. –Puede que una no pueda –le respondió Humpty Dumpty– pero dos, ya podrán. Con los auxilios necesarios podrías haberte quedado para siempre en los siete años.» Alicia a través del espejo.

BASTIAN.– Dos calles más allá, la universidad.

ALICIA.– (apuntando) Sí...

BASTIAN.– Y luego hay que situar el hospital y la fábrica de almohadas.

ALICIA.– ¿La fábrica de—?

BASTIAN.– De almohadas.

ALICIA.– Ya... (Pausa) En esta parte podría haber un teatro.

BASTIAN.– Tendríamos que quitar el árbol. ¿Es el mismo árbol del colegio? Oye, ¿este no es el mismo sitio de antes?

ALICIA.— Hace tiempo mi padre me contó que en una ciudad lejana hubo un teatro que tenía un árbol justo en medio de su escenario. Se discutió mucho sobre qué hacer con él. Los actores se quejaban por no poder actuar con facilidad. Los naturistas decían que había que preservar el árbol. Un día el árbol desapareció. Como si nunca hubiese estado. Entonces los actores empezaron a echar de menos al árbol. Ponían ramas para simbolizarlo, pintaban paneles de marrón y verde para que hicieran de árbol. Pero no era igual. Con el tiempo se dejó de usar ese teatro. Se quedó solo. Empezaron a brotar arbustos que se apoderaron de las butacas, malezas, enredaderas que se... se cruzaron por las *bamla*, bambalinas...

BASTIAN.— ¿Y ya no fue un teatro?

ALICIA.— Lo abandonaron.

BASTIAN.— Espera... Mira, mira las butacas.

ALICIA.— ¿Ahí?

BASTIAN.— Y los focos...

ALICIA.— ¿Puedes ver al público?

BASTIAN.— Nos miran.

ALICIA.— Estamos en el, el *scen*—

BASTIAN.— Escenario.

ALICIA.— Eso.

BASTIAN.— ¿A dónde vamos ahora?

ALICIA.— A donde quieras, esto es un teatro.

Pausa.

BASTIAN.— ¿Te gusta viajar?

ALICIA.— Sí... ¿Y a ti?

BASTIAN.— A veces, depende de por qué haga el viaje.

ALICIA.— Yo últimamente confundo los lugares que he visitado. ¿Te pasa a ti también? Por eso necesito apuntarlo todo... A veces me asaltan imágenes, pero no sé de dónde eran, cuándo vi... Y después, un día, me doy cuenta de que es la imagen de la fachada del museo por donde he pasado mil veces desde que soy una niña. (*Pausa.*) Es hermoso volver a tu ciudad después de un viaje largo y reconocerte en las calles.

BASTIAN.— Cuando vuelva, no sé qué reconoceré.

ALICIA.— ¿Volverás?

BASTIAN.— ¡Claro! Y haré de nuevo todo, como estamos haciendo tú y yo.

ALICIA.— ¿Hace mucho que la destruyeron?

BASTIAN.— La primera vez que oí una bomba tenía ocho años.

ALICIA.— ¿Y ahora cuántos tienes?

BASTIAN.— ¿Cuántos me echas?

ALICIA.— No más de... dieciséis.

BASTIAN.— Podría ser mayor...

ALICIA.— Sí, pero no lo eres.

BASTIAN.— Lo aparento. Bueno... digamos dieciséis años, cinco meses, veintisiete días y nueve horas y media ¿Y tú? ¿Cuántos tienes?

ALICIA.— Pronto llegaré a los noventa años.

BASTIAN.— ¡Hala! Exagerada, queda mucho para eso... no tienes más de sesenta.

ALICIA.— Cada día me encuentro nuevas arrugas, estrías, grietas en las manos... como las de esta pared. No estoy segura de si ya estaban ayer. (*Silencio*) Es mala suerte que llegaras para ver esto... Si hubieras venido antes o dentro de unos años... a lo mejor—

BASTIAN.— ¿Cómo era antes?

ALICIA.— Supongo que esperabas otra cosa, ¿no? Una ciudad más, más construida, acogedora...

BASTIAN.— La verdad que pensé que habría zapaterías, pastelerías, cines... todo más... abierto. También que habría mucha gente.

ALICIA.— Había muchos turistas, podía llegar a ser muy agobiante vivir aquí.

BASTIAN.— Porque a la gente le gustaba, ¿no? Antes a mi ciudad también venía gente. Antes. Pero eran ellos los que se agobiaban con los guías que les salían por el camino.

ALICIA.— Los guías pueden llegar a ser pesados.

BASTIAN.— ¿Como tú?

ALICIA.— Muy gracioso. El barrio que acabamos de pasar, el de ahí a la derecha, se convirtió en un parque de atracciones. Pusieron una montaña rusa y un tiovivo.

BASTIAN.— Qué divertido.

ALICIA.— Era muy caro y hacía mucho ruido, lo hicieron para turistas. Ya nadie vivía realmente allí. Las calles

pasaron a tener nombres de marcas de coches, de ropa, de joyas...

BASTIAN.—¿Ahora ya no lo son?

ALICIA.— Se cayeron los carteles con el terremoto, y los que no se cayeron... los arranqué.

BASTIAN.— ¡Hala! ¿En serio?

ALICIA.— Ya ves...

BASTIAN.— Pondremos nuevos. ¡Ya sé! Podría ser el barrio de los libros... A cada personaje le ponemos una avenida o—

ALICIA.— Una con tu nombre.

BASTIAN.— Sí... Podríamos dejar cerca a todos los personajes de la misma historia, y para orientarte pues lo mejor sería que te hubieras leído los libros. Serían los nuevos mapas. Te guiarías por la ciudad como si estuvieras en una biblioteca.

ALICIA.— Otro barrio lo podemos hacer de música, de pintura o de fotografía...

BASTIAN.— También habrá que hacer el barrio de los asesinos, los corruptos, los dictadores, los terroristas, los violadores, los genocidas...

ALICIA.— No se lo merecen. Además, en nuestra ciudad nadie querría vivir ahí...

BASTIAN.— De alguna manera habrá que recordar lo que hicieron, ¿no?

ALICIA.— Pero ¿cómo saber si la ciudad está conmemorándolo o denunciándolo?

BASTIAN.— Podemos explicarlo, poner algún monumento por las víctimas—

ALICIA.— Los monumentos son inútiles. La gente se hace fotos sin saber por qué, dónde está. Como con esa medio estatua de allí. No sé cómo pudo aguantar tanto *selfie* sin romperse del todo.

BASTIAN.— Las fotos no destruyen estatuas, son las personas.

ALICIA.— Una foto puede significar algo o nada. Cuando empiezan a no ser nada, lo que se ve empieza a convertirse en la nada también.

BASTIAN.— O en otra cosa... (*Pausa*) ¿Qué? ¿Nos hacemos una foto con la medio estatua?

ALICIA.— Anda, vamos por este atajo.

Irrupción 3. Las luces

BASTIAN.—¿Qué es eso que escuchas todo el rato? De verdad, qué difícil es mantenerse al día con estas cosas. No sé qué música se lleva ahora... ¿Te acuerdas del concierto al que te llevé el año pasado? El de los Red Hot Chili Peppers. Ya, ellos no son, pero me gusta que alguien quiera seguir tocando sus canciones. Yo solía ponerme en bucle la canción esa, no me acuerdo del nombre, sí, esa, la de «*Sometimes I feel like I don't have...*» Ya era antigua cuando yo era joven. Pero la ponían mucho... Los vi un día en la tele. Los «video-clips» que se repetían todo el rato. Era muy horterera, todo muy... como psicodélico. Me quedé enganchado... Bueno, hija, es que era muy joven... «*Sometimes I feel like I don't have a partner, sometimes I feel like my only friend, is the city I live in, the city of angels, lonely as I am, together we cry...*» Y ahí sonaba, el acorde este, «raaaaan» antes del estribillo. Yo entonces no tenía ni idea de lo que significaba, excepto «city», «angels», «friend» y alguna palabra suelta más que me sonaba. Lo demás lo tarareaba por los sonidos, me inventaba las palabras y le daba el sentido que a mí me daba la gana. Me cogía un *walkman* antiguo, de mi padre, me subía a un monte que tenía cerca de casa, muy alto, a escucharla una y otra vez. Rebobinar y *play*. Rebobinar y *play*. Al

atardecer se iban encendiendo las luces de la ciudad. Era hermoso. La recuerdo poco ya. Que tendría yo... diez u once años. Se podían ver los barrios bombardeados porque ya no se encendían las luces. Luego me vine aquí y... De las luces sí que me acuerdo, cómo se iban encendiendo, mientras anochecía, hasta que solo quedábamos ellas y yo en la oscuridad. «Under the bridge» se llamaba la canción.

Escena 5. La mirada de horizonte

*«—¿Cuántos deseos puedo formular? —Tantos como quieras... cuantos más mejor, Bastian. Tanto más rico y variado será Fantasía. Bastian estaba sorprendido y emocionado. Pero, precisamente porque de pronto se veía ante un infinidad de posibilidades no se le ocurría ningún deseo. —No sé —dijo finalmente. Durante un rato reinó el silencio y luego oyó una voz delicada como la de un pájaro. —Mala cosa —¿Por qué? —Porque entonces no habrá Fantasía.»
La historia interminable.*

BASTIAN.— ¿Y el río?

Pausa.

BASTIAN.— Alicia.

ALICIA.— ¿Sí?

BASTIAN.— El río.

ALICIA.— Ah, sí. Pensé que tú no querrías un río.

BASTIAN.— ¿Por qué no?

ALICIA.— No lo sé, imaginé que no te gustaría el agua.

BASTIAN.— Pues sí, me gusta, y el agua es importante en una ciudad.

ALICIA.— Claro. (*Pausa*) Podría pasar por ahí, a la izquierda.

BASTIAN.— No, no lo veo... Mejor a este lado, haciendo esos, y hacemos un puente.

ALICIA.— Como el que hubo.

BASTIAN.— ¡Hala, qué dices! ¿Justo aquí hubo un puente?

ALICIA.— Eh... hace mucho... Seguro.

BASTIAN.— Lo reconstruimos entonces.

ALICIA.— Un puente antiguo de piedra. Así, largo.

BASTIAN.— Si lo vamos a hacer ahora, no puede ser antiguo.

ALICIA.— Parecerá antiguo y lo será dentro de años.

BASTIAN.— ¿Por qué antiguo si queremos que sea nuevo? ¿Y un puente de metal? ¿De hierro?

ALICIA.— Se... se calentará demasiado con el sol y no habrá manera de agarrarse al pasamanos. Piensa en las futuras viejecitas como yo.

BASTIAN.— De cristales de colores.

ALICIA.— Muy creativo y *reslabadizo*.

BASTIAN.— Resbaladizo.

ALICIA.— Eso. Hay que tener en cuenta—

BASTIAN.— Desde aquí se podría lanzar una moneda y pedir un deseo. Podemos hacer que este sea el sitio desde el que lanzar deseos, poner un aviso o algo. Apúntalo.

ALICIA.— ¿Un aviso?

BASTIAN.— Para que la gente sepa que este es el sitio de lanzar deseos.

ALICIA.— ¿Por qué no donde cada uno quiera?

BASTIAN.— Porque si todo vale entonces no vale nada.

ALICIA.— Ya.

BASTIAN.— Aquí. Se tiene que lanzar una moneda al fondo para pedir el deseo.

ALICIA.— ¿No era a los pozos o a las fuentes lo de los deseos?

BASTIAN.— En nuestra ciudad es al río, ¿vale?

ALICIA.— Un poco supersticioso todo, pero—

BASTIAN.— Venga, ya, no te pongas pesada, ¿tiramos una moneda?

ALICIA.— Una moneda.

BASTIAN.— Bueno, a ver... una piedra que hace de moneda.

ALICIA.— ¿Al suelo?

BASTIAN.— No es el suelo, es el fondo del río. De verdad, estate atenta. Luego soy yo el que tiene poca imaginación...

ALICIA.— De acuerdo, perdona. Qué carácter.

BASTIAN.— Toma, lánzala. (*Pausa. Alicia tira una piedra—moneda al suelo—río*) ¿Qué has deseado?

Pausa.

ALICIA.— ...se me ha olvidado desear.

BASTIAN.— ¿En serio? No te creo...

ALICIA.— Te toca.

BASTIAN.— Un momento... espera, espera... ya.

ALICIA.— ¿Qué deseaste?

BASTIAN.— Si lo digo, no se cumple.

ALICIA.— Si no lo dices, es más difícil que se cumpla.

BASTIAN.— Deseé que el puente se haga de verdad. Que lo que vamos diciendo pase, esté haciéndose según lo decimos. Pero como ya estamos en otro sitio, pues no lo vemos aún.

Pausa.

ALICIA.— ¿Por qué es tan importante?

BASTIAN.— ¿El qué?

ALICIA.— Que se haga real. Por qué no podemos imaginarlo, y ya, por qué no basta con eso.

BASTIAN.— Eso no cambia nada. Solo haría que viviésemos en una... ficción.

ALICIA.— Al nombrar distinto algo estamos cambiando ya. Hay palabras que al decirlas abren puertas, como en el cuento aquel—

BASTIAN.— Pero también hay que cambiar las cosas, mejorarlas, hacerlas de verdad.

ALICIA.— Si fueran de verdad, igual no te gustaban tanto.

BASTIAN.— Habrá que intentarlo.

ALICIA.— Y llegarían las ruinas de nuevo.

BASTIAN.— Esta vez no.

ALICIA.— El tiempo pasa, las ciudades se *pertierven*—

BASTIAN.— *Pervierten*.

ALICIA.— se nublan...

BASTIAN.— ¡Hala!, pues ya está. ¿A qué viene esto ahora? ¿para qué toda tu historia esta de ir poniendo cosas en la guía?

ALICIA.— ¿No te gusta mirar al horizonte, lejos, a las montañas, al cielo, aunque no puedas tocarlo nunca?

BASTIAN.— Así que nada de lo que has escrito será. Todo es un fraude.

ALICIA.— Sí o no. No lo sé...

BASTIAN.— No me gustan las personas que mienten. No se debe mentir.

ALICIA.— Yo no miento. Tengo esperanza. Pero no depende de mí solo. También dependerá de quien lo lea, de cómo lo interprete y de lo que desee hacer con ello.

BASTIAN.— ¿No podemos hacer nada?

ALICIA.— Reescribirla es algo.

BASTIAN.— Yo quiero el puente. Y el río.

ALICIA.— Los he dibujado, ¿ves? en esta hoja. ¿Quieres escribir el nombre del río tú?

BASTIAN.— Buah, ¿para qué? Si igual nadie—

ALICIA.— Es un comienzo.

Pausa.

BASTIAN.— Sotuloma.

ALICIA.— Un poco largo, podríamos—

BASTIAN.— He dicho Sotuloma.

ALICIA.— Sotuloma, Sotuloma se queda.

BASTIAN.— Y subráyalo. Para que se lo tomen en serio.

Silencio.

ALICIA.— Bastian.

BASTIAN.— ¿Qué?

ALICIA.— ¿Qué habrá al otro lado del Sotuloma?

**Réplica 2 Seísmo 1. Examen
(Mono/Diálogo a dos voces de Alicia)**

— Piedra, cortina, agua.

— ¿Cómo?

— Piedra, cortina, agua. Bien, perfecto.

— No, le estaba preguntando por su ciudad. ¿Sabe dónde vive? Su ciudad, ¿cómo se llama?

— ¿Cómo se llama?

Silencio.

— ¿Dónde está su casa?

— La de la pintada roja. No soy tonta.

— Sé que no. Perdona. ¿Qué día es hoy?

— La fecha exacta: 5 de junio de 2017.

— ¿Seguro?

— Seguro. Y usted dice: Perfecto.

— Ese día no es hoy.

— 4, será 4 o 5. No ando pendiente...

— Fíjese en su ropa. Su abrigo.

— Hará mucho frío este junio. ¿No ha oído hablar del cambio *climático*?

— Climático.

— Eso.

— Dibuje las horas en este círculo, como si fuera un reloj.

Silencio.

0
1 2 6
5 7
7
6 9
3 4 2 1
 1 9
1 8 0 2

— Hay números repetidos.

— Hay horas que se repiten, incluso que se solapan.

— Están desordenados.

— Están en orden, se lo aseguro. Siga las flechas amarillas. Esta es la ruta amarilla.

Pausa.

— Hoy estamos a 10 de enero de 2047, ¿entiende? 10 de enero de 2047. La fecha que usted dice fue la del terremoto, pero de eso hace mucho tiempo.

— Mucho tiempo.

— ¿Qué día es hoy? (*Pausa larga*) Dígame, ¿Qué día es hoy?

— No lo sé.

— ¿Cuál es su nombre? (*Pausa*) ¿En dónde estamos? (*Pausa*)
¿Se acuerda, se acuerda de dónde está?

Irrupción 4. ¿Dónde está?

BASTIAN.—¿Dónde está? ¿Dónde has puesto el libro? No tiene gracia. Venga, dime. ¿Dónde está? No se miente. No mientas. No se debe mentir, ya lo sabes. Tú lo has escondido. ¡Cómo que «veo, veo»!. Dime ya dónde lo has puesto. El Sotuloma. No, no se cumple lo del libro si lo deseas y lo tiras al río. No funciona así. Se tira una moneda... o una piedra, no se tira un libro. No me digas que... Pues imaginas el libro en tu cabeza y lo deseas, pero no tiras el libro, hija. Primero me los pintarrajeas todos, y ahora... Claro que me enfada. ¿Cómo se va a limpiar el libro con el agua? Se rasgan las páginas, se rompen. Te dejo coger mis libros, pero no para— No te rías. No me hace ninguna gracia. Cara a la pared. Venga. Ahí. A pensar en lo que has hecho. *(Pausa)* Te estoy viendo reírte. ¿Quieres que me enfade de verdad? ¿Quieres quedarte sin salir a la calle? *(Pausa)* Eso está mejor. En silencio. Cuesta mucho un libro. No es ninguna tontería. No solo dinero. Que también. Cuesta mucho hacer un libro, ¿sabes? Imagínate la cara de quien lo escribió viendo cómo lo estropeas. Los libros son algo importante. *(Pausa)* Para que se cumpla... ¿Seguro que eso te gustaría? No sabes lo que realmente pasaría si se cumple ese libro, igual no te gusta tanto vivir ahí dentro. También hay dolor,

monstruos, miedos... no siempre lo pasan bien. Imagínate que viniera uno de los personajes raros esos del País de las Maravillas y te quisiera llevar con él. Y te lleva fuera de tu casa, a ese sitio, que no sabes ni qué es, ni dónde está, ni a quién te vas a encontrar, lo que te pueden hacer... *(Pausa)* Lo siento, no quería asustarte tanto. No tiene por qué, mi niña... Ya te digo que no se va a cumplir. Al menos, no por tirarlo al río. Además, acaba bien. En este caso, acaba bien.

Escena 6. Re-cordar significa volver a pasar por el corazón

«-(...) Solo puedes desear cosas mientras te acuerdes de tu mundo. Los que están aquí ya han agotado todos sus recuerdos. Quien no tiene pasado tampoco tiene porvenir. Por eso no envejecen. ¡Míralos! ¿Podrías creer que muchos llevan aquí mil años e incluso más? Pero se quedan como son. Para ellos no puede cambiar nada, porque ellos mismos no pueden ya cambiar.» La historia interminable

BASTIAN.— Alicia, espérame, no corras. (Pausa) ¿No te cansas?

ALICIA.— Llevamos poco tiempo andando.

BASTIAN.— Podríamos inventar una cafetería y parar a tomar algo.

ALICIA.— La cafetería «Icaria». Croissants recién hechos y café del rico.

BASTIAN.— ¿No te has preguntado cómo es posible que nos entendamos?

ALICIA.— Que nos entendamos.

BASTIAN.— Sí, si cada uno—

ALICIA.— Es, es posible adivinar el significado de una palabra de un idioma desconocido, mi padre—

BASTIAN.— Hay un papel en el suelo.

ALICIA.— Cógelo. ¿Hay escrito algo?

BASTIAN.— Es... como un dibujo con unos números. Y por detrás tres palabras: «Piedra,—

ALICIA.— cortina, agua»

BASTIAN.— ¿Cómo lo sabes?

ALICIA.— No sé, lo sabía, lo he... supuesto.

BASTIAN.— Es tuyo.

ALICIA.— No.

BASTIAN.— Parece tu letra, es como la de la guía.

ALICIA.— No he escrito eso en mi vida.

BASTIAN.— Sí que es tuyo... me estás engañando. Dime, dime, anda... ¿es tuyo, a que sí?

ALICIA.— Te he dicho que no.

BASTIAN.— Cómo es entonces que te acuerdas, no tiene / sentido que sepas las—

ALICIA.— ¿Para qué te iba a mentir? No lo he escrito yo.

BASTIAN.— La letra es... es tu letra. ¿No se te habrá caído de—?

ALICIA.— ¿Tú has venido aquí a interrogarme o qué?

BASTIAN.— No te pongas así, solo preguntaba.

ALICIA.— Tienes muchas preguntas todo el rato. *(Silencio)*
¿Qué ves en la montaña de cables de ahí?

BASTIAN.— No quiero seguir jugando.

ALICIA.— Jugando...

BASTIAN.— Dame la guía.

ALICIA.— Es mi guía, qué vas / a hacer...

BASTIAN.—Dámela. (*Pausa. Busca entre las páginas*)

ALICIA.— ¿Qué es lo que quieres?

BASTIAN.— Que me cuentes las cosas que pasaron aquí. A ti.
Las de verdad.

ALICIA.— Ya te he contado.

BASTIAN.— Las importantes: ¿Cómo se rompió la ciudad?
¿Cuándo? / ¿Dónde estabas tú?

ALICIA.— Ah, eso.

BASTIAN.— «Hay cosas que no se deben olvidar», ¿no?

ALICIA.— ¿Y *de verdad* lo que tú necesitas es que una señora se te queje de ver su ciudad destruida? ¿Te cuento mis desgracias? ¿Mis ausencias? ¿Que cuando todo se cayó murieron muchas personas? Que mi— Que eso era una sucursal bancaria, que hacía tiempo que habían quitado las fuentes, que ya no había árboles, que a algunas personas llevaban meses echándolas de sus casas y antes de que se pudieran ir se les derrumbaron encima? ¿Y qué? ¿Para qué? Yo no puedo imaginar lo que tú habrás vivido, no puedo, no puedo ponerme en tu lugar, ni tú en el mío. Te miro y solo siento que no tengo derecho a... No puedo saber cuál es tu dolor, que solo puedo suponer infinitamente más doloroso que el mío. Y no me atrevo a preguntarte. No me atrevo porque no sabría qué responderte.

BASTIAN.— Pregunta. Vamos, pregunta. (*Pausa larga*) No se pueden silenciar los dolores. Hay que oírlos aunque no sepas qué hacer con ellos. Aunque no puedas hacer

nada. Hay cosas que deben estar esculpidas, grabadas por las calles para darnos cuenta de lo que hemos hecho, de lo que somos capaces de hacer. Los museos no deberían ser almacenes de cacharros, deberían ser avisos. Si no tienes memoria, no sabes cuáles son las amenazas, lo que puede ser el futuro otra vez.

ALICIA.— Yo ya recordé lo que tenía que recordar. Ya lloré, ya dije en voz alta el nombre de las personas que perdí. Me aferré a lo que ya no existe y lo enterré. Aunque quisiera, pronto dejaré de— *(Pausa)* Si me queda algún recuerdo quiero que sea algo que me deje vivir. Que me ayude a querer vivir.

BASTIAN.— Tú lo dijiste «hay cosas que si no las recordamos igual dejamos de saber quiénes somos, / en quiénes nos podemos convertir».

ALICIA.— ¿Cuándo dije yo eso?

BASTIAN.— ¿No deberíamos intentar recordar las cosas como fueron?

ALICIA.— ¿Y cómo fueron? ¿Cómo eran? ¿Lo sabes tú? ¿*De verdad?* ¿De verdad sabes decirme con toda claridad que no es como son en tu mente, como te las contaron o como tú las recuerdas, podrías asegurar que pasaron así?

BASTIAN.— Hay cosas que pasaron y cosas que no pasaron. Y si no se dicen, aunque duela, parecerá que no fueron. Pero fueron. Y por mucho que digamos «qué bonito podría haber sido todo», no lo fue, fue horrible. Si quieres construir un futuro, antes tienes que haber leído el pasado... Pedir perdón si es preciso, / o hacer que lo pidan.

ALICIA.— Buscar culpables no cambiará nada.

BASTIAN.— ¿Y la justicia?

ALICIA.— Por qué, por qué hay que recordar, tenerlo todo archivado, hacer ordenadores que almacenen más y más, ceremonias, memoriales, aniversarios, acordarse de todo... ¿por qué? También tengo derecho a olvidar. A borrar cosas de mi mente.

BASTIAN.— Puede que lo que tú quieres olvidar, otros quieran que no se olvide.

ALICIA.— No es lo que yo quiera, es que lo voy a olvidar, ¿entiendes? Lo estoy olvidando... *(Pausa)* ¿Quién eres tú? ¿A qué has venido aquí? ¿Por qué venís? ¿A atormentarme, a atormentarnos?

BASTIAN.— ¿Piensas que todo gira en torno a ti y a tu ciudad? Yo he venido porque se me agotaban las opciones y el tiempo.

ALICIA.— A todos nos pasa, nos está *sapando*...

BASTIAN.— No de la misma manera.

ALICIA.— Yo—

BASTIAN.— ¿Y los demás? ¿Quién eres tú para robarles los recuerdos?

ALICIA.— ¿Cómo?

BASTIAN.— ¿Quién eres tú para robarles los recuerdos a otros?

Silencio.

ALICIA.— Yo solo quiero descansar... imaginar una palabra aunque ya no sepa lo que significa. Me niego a inten-

tar recordar que soy una víctima, como dicen, el resto de mi vida. No lo soy, no soy una víctima. Y tampoco tengo la culpa de... O sí, sí, igual tengo culpa. (*Pausa breve*) Pero si me queda algo en la cabeza, si consigo retener algo antes de que todo se me nuble, quiero que sea algo... hermoso.

BASTIAN.— Tengo miedo. Miedo de olvidarles. De olvidarme. Yo no quiero olvidar de dónde vengo, yo quiero volver a mi casa. Quiero recordar una casa a la que poder volver, ¿entiendes?. Y si no existe ya, no significa que no vaya a reconstruirla mil veces. Aunque sea solo en mi cabeza. No me va a hacer más feliz no acordarme de que una vez fui feliz.

ALICIA.— No olvides. No se puede imaginar sin recordar. Recuerda tú, recuérdalo todo. Pero no te quedes atrapado en el recuerdo. A veces es difícil, pero además de pensar hacia el pasado, también podemos recordar lo que queremos que algo sea, ¿no?. Lo que queríamos que fuera. Cambiar algo. Cambiarnos. Imaginar algo distinto que hacer con las ruinas. Aunque sea un poco, aunque aún no sepamos inventar edificios imposibles todavía, aunque nuestras, nuestras utopías sean... *tro, tro, torpes*. Dejarnos notas no solo de lo que tenemos que huir, sino también de cosas hacia las que ir, notas para el futuro. Porque si tú no lo piensas, Bastian, no será. «Y la Nada se apoderará de más ciudades.», ¿te acuerdas? Como en «La historia interminable». Cambia los nombres, no solo los recuerdes, también atrevete a cambiar los nombres a veces. Si no, repetiremos las mismas calles, las mismas plazas, las mismas perso-

nas, y las mismas formas de destruirlas o de dejarlas morir.

BASTIAN.— No sé elegir recuerdos. Hay cosas que se te clavan en la cabeza, que te interrumpen, que te sacuden. Algunas palabras que querría olvidar y se me... se me tatúan en la piel, otras que ya no sé cuáles eran. Se me está olvidando mi idioma, mi comida, mi música, mis calles... Ya no puedo acordarme de las manos de mi madre. No sé cuándo se me olvidaron. Y no me vale inventármelas. Quiero recordar las que eran.

Irrupción 5. La biblioteca secreta de Bastian

BASTIAN.—Y entonces lo decidimos. Cuando oíamos una explosión, esperábamos a que todo volviera a la calma y salíamos corriendo hacia allí. Íbamos a los lugares que habían sido destrozados y buscábamos entre los escombros. A veces había suerte y encontrábamos un libro completo. Otras veces algunas páginas. Solo robábamos los libros. Del resto, nada. Nada, de verdad. Nos sentíamos como piratas, ¿sabes? Y después volvíamos corriendo al escondite secreto. Estaba debajo de un edificio bombardeado, había que bajar por unas escaleras a las que les faltaban varios peldaños. Para llegar, evitábamos las avenidas grandes que es donde suelen caer balas de cualquier sitio. Éramos un grupo de seis, no, de cinco niños. Solo nosotros conocíamos el lugar y juramos no decírselo a ningún mayor. Allí juntábamos todo lo que habíamos encontrado y lo compartíamos. Leíamos en voz alta, como te leía yo a ti de pequeña. A veces solo quedaba una página así que intentábamos inventar lo que había pasado antes, lo que pasaría después... *(Pausa)* Un día encontré uno muy raro, como una guía de viaje con notas a mano. Estaba escrito en un idioma que desconocíamos, así que el resto casi no le prestó atención. Pero yo intenté leerlo. Iba haciendo mi propia traducción sin saber

si estaba acertando, si querría decir lo que yo pensaba... Lo llevé conmigo durante años, sobreescribiendo con un lápiz por encima lo que yo suponía que estaría diciendo. En algunas esquinas había flechas amarillas señalando palabras, notas en los márgenes, palabras subrayadas en rojo, algunas tachadas... Cuando decidí huir de allí, me lo dejé, pero te puedo reescribir algunas de las páginas de memoria si quieres.

Seísmo 2. Acuérdate (Notas para Alicia)

Acuérdate.

Tienes que acordarte, vamos.

Acuérdate de lavarte los dientes antes de irte a dormir.

Acuérdate del examen de Historia de mañana.

Acuérdate de lo que reías, de qué te estabas riendo, hace un segundo.

Acuérdate de lo que te gustaba el helado de vainilla.

Acuérdate de la sensación que te despertaban las palabras «helado de vainilla».

Acuérdate de aquella canción, de aquel concierto.

Acuérdate del libro ese, ¿cómo terminaba? Del dibujo de la portada.

Acuérdate de las historias que te contó, de los fragmentos de su historia.

Acuérdate de las palabras imposibles.

Acuérdate. Tienes que acordarte.

Acuérdate de que dos más dos son cuatro, de que está el sujeto y el predicado, de qué es una palabra esdrújula, de quién inició la guerra de Siria, de Irak, de Vietnam, del Congo, de España, la Segunda Guerra Mundial, la Primera, de quién iniciará la Tercera.

Acuérdate de cuando todo tembló.

Acuérdate del paseo en el que aprendiste a montar en bicicleta.

Acuérdate de cuál es tu casa.

Acuérdate de eso.

Acuérdate de sus cumpleaños, del tuyo.

Acuérdate de desear.

Acuérdate de ella, de él, de ellos. De sus caras. De sus nombres.

Acuérdate de beber agua.

Acuérdate de lo que llorabas, de por qué llorabas, hace un segundo.

Acuérdate de que eres muy afortunada.

No olvides que ya tienes una edad.

Acuérdate de tus arrugas. De tus heridas. De tus cicatrices.

Acuérdate de ese día, esa hora, de ese momento en el que perdiste la noción del tiempo.

Acuérdate de las pastillas. Las de la mañana, las de la tarde, las de la noche.

Acuérdate de lo que hicieron, de lo que hizo.

Acuérdate de pedirle perdón. Acuérdate de perdonarte.

Apúntatelo. Si no, apúntatelo.

Te lo apunto.

Para que no se te olvide.

Escena 7. Las contracciones del espacio-tiempo

«(...)—Tú y yo— preguntó— y todo Fantasia... ¿todo está anotado en ese libro? Él siguió escribiendo y, al mismo tiempo, ella escuchó su respuesta. —No. Ese libro es toda Fantasia y tú y yo. —¿Y dónde está el libro? —En el libro —fue la respuesta que él escribió. —Entonces, ¿todo es reflejo y contrarreflejo? —preguntó ella. Y él escribió, mientras ella le oía decir: ¿Qué se ve en un espejo que se mira en otro espejo? ¿Lo sabes tú, Señora de los Deseos, la de los Ojos Dorados? La Emperatriz Infantil se quedó un rato callada y el Viejo, al mismo tiempo, escribió que ella callaba. Entonces ella dijo en voz baja: —Necesito tu ayuda. —Lo sé— respondió y escribió él. —Sí —dijo ella—, así debe ser sin duda. Tú eres la memoria de Fantasía y sabes todo lo que ha sucedido hasta el momento. Pero, ¿no puedes hojear tu libro y ver lo que sucederá?— ¡Páginas en blanco! —fue la respuesta— Solo puedo mirar atrás y ver lo que ha ocurrido. Podía leerlo mientras lo escribía. Y lo sé porque lo leí. Y lo escribí porque sucedió. De esa forma, por mi mano, la Historia Interminable se escribe a sí misma.» La historia interminable

BASTIAN.— ¿Ya hemos llegado?

ALICIA.— Deberíamos, pero esta no es la plaza. Me he debido de equivocar antes. Es raro, vi la marca en la esquina esa del... la pared... Era la flecha amarilla. Tú la viste, ¿no?

BASTIAN.— No me fijé.

ALICIA.— Puse la flecha amarilla para llegar pero no... esto no es...

BASTIAN.— Podemos volver para atrás.

ALICIA.— No, no, tendría que estar aquí. Aquí tendría que estar la farola. Y la fuente. Una fuente pequeña, ¿sabes?, pero que siempre tiene agua. Esta es la plaza. Tiene que serlo.

BASTIAN.— Todo se parece mucho, a lo mejor—

ALICIA.— El de los ladrillos rojos, ahí estaba... ahí, sí. No, no, es la biblioteca. La biblioteca... pero está al revés. Entremos.

BASTIAN.— No hay ningún edificio. Solo hay escombros.

ALICIA.— Sí, lo hay. ¿No lo ves? Y la escalinata, se sube por la escalinata. Ayúdame con los escalones, que a estas edades ya... Yo subía «tatata», para arriba, pero a mis noventa años no se está tan—

BASTIAN.— Alicia, qué dices, tú no tienes—

ALICIA.— Tienes que acordarte ¿No te acuerdas?. Aquí son las escaleras de tu primer beso. Era una chica muy divertida.

BASTIAN.— Si acabo de llegar aquí...

ALICIA.— «acabo de llegar aquí...» dijo, dijiste.

BASTIAN.— ¿Qué?

ALICIA.— Acuérdate, esfuérate por acordarte. Yo pronto lo olvidaré así que tienes que acordarte tú por los dos, ¿vale? Estas son las *lesaceras* de tu primer beso.

BASTIAN.— Escaleras. De tu primer beso.

ALICIA.— De tu primer beso. No, tu segundo beso, que fue mejor que el primero. Cuando yo lo olvide, será el tuyo. Ella salía cargada de libros de la biblioteca, yo le cogí unos cuantos, «—Que se nos caen», y se reía. Se reía... Se abrieron las páginas y os quedasteis leyendo sobre estas *lesaceras*. Era como una señal... (*Pausa*) se abrirán por esas páginas. Os pondréis a leerlos el uno al otro, más tontos... ¿te acuerdas? Y cuando ella acabe de decir la *lapabra*, *brapala*, *pabralla*....

BASTIAN.— Palabra.

ALICIA.— «Contraluz», dijo «contraluz» y tuve que besarla. Fue por la «zeta» creo.

BASTIAN.— ¿Estás bien?

ALICIA.— Siéntate conmigo.

Pausa.

BASTIAN.— ¿Cómo era la escalera?

ALICIA.— Infinita. De piedra dura y fresquita, fresquita, fresquita... Así, toda blanca... Redondeados en sus bordes, pues por el uso, qué va a ser. La... La.... Laa, esto, agarrras...

BASTIAN.— barandilla.

ALICIA.— No, *labrandilla*, *labrandilla*. Era... como... algunas personas se tumbaban a veces ahí.

BASTIAN.— ¿En estas piedras?

ALICIA.— Sí, eso, pero todas juntas, haciendo una. Así, juntitas, juntitas, «papapapapapa». Vamos a ponerlas, ayúdame.

BASTIAN.— No tenemos nada para unirlos.

ALICIA.— Coge esta. Ponla encima de esta y así, «papapapa-papa». La *labrandilla*.

BASTIAN.— ¿Aquí?

ALICIA.— Pero bebe agua, bebe un poco de agua, niño. Que te sentará bien. ¿No estás cansado? Eres un niño muy bueno, muy bueno.

BASTIAN.— Alicia.

ALICIA.— ¿Papá? Léeme tú...

BASTIAN.— Alicia, me estás—

ALICIA.— ¿Quién es Alicia?

BASTIAN.— Tú.

ALICIA.— Tú... «Si tú eres tú y yo yo soy...» ¿Quién? ¿Quién eres tú?

BASTIAN.— Bastian.

ALICIA.— No, no... No me toques, suéltame, tú no eres... ¿Eras...?

BASTIAN.— Yo soy... ¿no te acuerdas?

ALICIA.— Hay que dejar los libros en la fuente a ver si se limpian bien. Lleva tú este. (*Silencio*) Qué raro, juraría que habíamos hecho el camino que era. Pero esta no parece la plaza. ¿Dónde está la fuente? Hemos seguido las flechas amarillas ¿no? ¿La viste en la esquina?

BASTIAN.— No.

ALICIA.— Sí, hombre, en la esquina, en esa esquina, del... la... ¿es que no me prestas atención?

BASTIAN.— No la vi, no.

ALICIA.— Te lo he dicho, en esa esquina. Pero no, esta no es, no es, no es, no es, NO ES, ¿por qué me traes por aquí?

BASTIAN.— ¿Volvemos hacia atrás?

ALICIA.— Veo, veo...

BASTIAN.— ¿Qué ves?

ALICIA.— Una cosita... Y tú dices ¿qué cosita...?

BASTIAN.— ¿Qué cosita es?

ALICIA.— Empieza por la... *(Pausa)* ¿Dónde está? Eh, dime, ¿Dónde está?

BASTIAN.— ¿El qué?

ALICIA.— Mi casa. Mis padres.

BASTIAN.— No lo sé.

ALICIA.— Recuerda, recuérdalo tú. No ves que yo ya no puedo...

BASTIAN.— Ahí. Estaba ahí, seguro. Está ahí.

ALICIA.— ¿Cómo es?

BASTIAN.— No sé...

ALICIA.— Bastian, ayúdame.

BASTIAN.— Es muy bonita. Tiene plantas en el balcón.

ALICIA.— Margaritas rojas.

BASTIAN.— Sí. El balcón está abierto. Se ve la sombra de una mujer a través de unas cortinas que vuelan. La mujer se desnuda.

ALICIA.— Mi madre siempre iba desnuda por la casa, todo el día, y los vecinos...

BASTIAN.— Se mete en la ducha.

ALICIA.— Oigo el sonido del agua. (*Pausa*) ¿Y las manos?

BASTIAN.— Desde aquí no llego a ver—

ALICIA.— ¿Cómo son sus manos?

BASTIAN.— Suaves, dedos largos, las yemas arrugadas por el agua, uñas un poco largas. Huelen a jabón, a limpio.

ALICIA.— Manos de madre.

BASTIAN.— Tú eres muy pequeña. Estás mirando desde abajo. Hace sol y frío y caminas sobre unas piedrecitas blancas.

ALICIA.— ¿Tienes miedo?

BASTIAN.— No. Pero pienso, pienso muy fuerte en atrapar este momento. Porque soy muy feliz. Y no sé cómo se hace para que esto siga, para que no se escurra, para poder seguir viendo a mi madre tras la ventana, para notar el sol caliente en el frío de una mañana de sábado, para oír el agua. Para ver mi casa desde fuera, sólida, limpia, con paredes, con paredes blancas que no se caen.

ALICIA.— No tengo una foto de eso. No lo apunté en la guía.

BASTIAN.— Porque no te hace falta, porque lo sigues viendo. Porque aún está ahí, porque mañana seguirá ahí, porque no lo olvidas.

ALICIA.— Tú...

BASTIAN.— No lo olvidaré.

ALICIA.— ¿Quién eres tú?

BASTIAN.— Quien tú quieras.

ALICIA.— ¿Oyes las campanas?

Interludio convulso
El bosque sin nombres (Time lapse)

«Entonces empezó a mirar alrededor, y se dio cuenta de que todo lo que podía verse desde el antiguo salón era bastante corriente y sin interés, pero que todo lo demás era sumamente distinto. Por ejemplo, los cuadros de la pared al lado del fuego parecían tener vida, y el reloj de encima de la chimenea (al que solo se le puede ver por detrás en el espejo) tenía la cara de un viejecillo que le miraba sonriendo con picardía.» Alicia a través del espejo

Unos segundos de catástrofe. Comienza a sonar in crescendo «Time Lapse» de Ludovico Einaudi.

ALICIA.—Y la tierra tembló. Se puede ver aquí en mi costilla izquierda, cómo se abrieron las primeras grietas de las baldosas de mi cocina.

BASTIAN.— Lo oí desde lejos. El cielo estaba más rojo que azul, entre una niebla amarilla. Era el barrio de mi casa. No se veían las luces.

ALICIA.— Toco la pared vibrante que se va desconchando entre mis dedos.

BASTIAN.— Corro a través de calles que van abriendo fosos, al lado de edificios a los que les tapan la boca.

ALICIA.— «Si te quedas debajo del marco de una puerta, si te quedas debajo del marco de una puerta...

BASTIAN.— Balcones flotando en el aire. El esqueleto de lo que fue un coche. Paredes huecas. Qué gordos los muros de cemento que marcan donde acaba mi ciudad rota y dónde comienza la siguiente. Muros que parten mi ciudad rota en barrios rotos, que cierran, que no protegen, que dibujan la mirada de un padre autoritario, que te dice:

ALICIA.— no te pasará nada malo.»

BASTIAN.— «Niño, aquí no puedes estar. ¿Dónde está tu casa?»

ALICIA.— Mi puerta parece la que era ayer, pero es otra. Ya no la reconozco. Ya no la quiero como antes. Está a punto de volatilizarse. Se le deshacen los bordes, casi no se puede mirar, la madera se agrieta y las astillas se clavan en los dedos. Me sujeto al marco como si apretando con fuerza pudiera sostenerla. Pero me deshago con / ella.

BASTIAN.— Trozos de personas rotas entre los dedos de los pies mezcladas con barro, madera / hierro, escayola, cobre, plástico, cerámica, cables, agua de las cañerías agujereadas...

ALICIA.— La foto de tus padres, el vaso de agua, la televisión, tus lápices, tu taza, los cuadros, todos tus cubiertos...

BASTIAN.— Sigo corriendo.

ALICIA.— Mis libros tiemblan.

BASTIAN.— Llegas a una plaza que no conoces. Cada vez menos gente en la calle. «¿Te has perdido?»

ALICIA.— Intentas recoger algunas cosas, pero te da miedo acercarte a ellas. No sabes elegir cuáles salvar. Parece

que tienen vida, que se retuercen. Agarras unos cuantos libros y te aprietas contra ellos con fuerza, como si te pudieras meter dentro.

BASTIAN.— Aquí estuviste jugando ayer. Pero ¿dónde está la estatua?

ALICIA.— El espejo refleja solo fragmentos vibrantes, entrecortados. A través de él ves un salón que no es tu salón. Como si estuviera en otro sitio, como si fuera de otra persona. Sales de esa casa.

BASTIAN.— Entro en mi casa.

ALICIA.— Miras desde fuera lo que antes era parte de ti.

BASTIAN.— «¿Mamá? ¿Papá?»

ALICIA.— Se va disolviendo.

BASTIAN.— Un sonido parte en dos tu dormitorio. Granzan trozos de ventanas, bombillas explotadas, lámparas que se suicidan. Los cristales van tejiendo alfombras. Recuerdos se abalanzan sobre mí: míos, de mis padres, de mis abuelos, de los que antes que ellos vivieron entre estas paredes, de los que no podrán vivir después.

ALICIA.— Los edificios escupen sus ladrillos, algunos pelean por mantenerse, por soportar el peso. Como uno de esos juegos en los que tienes muchas piezas y según se van sacando tienes que conseguir que la torre siga en pie.

BASTIAN.— La puerta está cerrada con piedras que se amontonan. Intento quitarlas. La casa está encogiéndose, cada vez más.

ALICIA.— Un sonido largo sostenido sacude el aire hasta que—

Pausa.

BASTIAN.— Me engulle. Mi casa me engulle. Medio cuerpo enterrado entre los restos. No puedo mover las piernas. Trozos de plástico rojo del camión de bomberos de juguete que un día me regalaron, cuando era muy pequeño. Polvo blanco. Más piedras, yeso, telas que no reconozco, plumas... ¿era esto mi almohada?

ALICIA.— Hay una mano pequeña que pide auxilio debajo de ese edificio. «Que alguien haga algo, por favor. ¿Me oyen?»

BASTIAN.— Grito. Lloro. Balbuceo.

ALICIA.— Ya, ya, ya va, no... no te preocupes que ahora llegan a rescatarte. Ya están aquí los bomberos, ¿lo oyes? ¿Oyes la sirena?

BASTIAN.— «Ya te sacamos. Tú no te quedes dormido. ¿Te sabes algún cuento?»

ALICIA.— Me gustaría poder hacer algo, pero solo miro desde lejos. Incapaz de acercarme.

BASTIAN.— Me entra un sueño imposible.

ALICIA.— Háblame. Cuéntame un cuento.

BASTIÁN.— ¿Qué?

ALICIA.— Un cuento. El que tú quieras.

BASTIAN.— Alicia llega a un bosque.

ALICIA.— Sigue.

BASTIAN.— Es un bosque en el que se te olvidan los nombres. Un bosque en el que si entras dejas de recordar quién eres. Ella sabe que cuando entre allí no se acordará de cómo se llama...

ALICIA.— Sí.

BASTIAN.— No sé qué pasa luego.

ALICIA.— Tú sigue contando. Invéntatelo.

BASTIAN.— Entra en el bosque y cuando quiere decir «árbol» ya no recuerda la palabra «árbol». Quiere nombrar la tierra, pero no se acuerda de la palabra. Y se da cuenta de que ya ha pasado. De que tampoco recuerda ya su propio nombre.

ALICIA.— Lo estás haciendo muy bien, tranquilo.

BASTIAN.— La chica sin nombre pide ayuda.

ALICIA.— «¡Ayuda! ¡Por favor!»

BASTIAN.— Ella dice: «Ayúdame a salir de este... de este... por favor»

ALICIA.— Sigue, sigue, ¿qué pasó después?

BASTIAN.— Me sacaron.

ALICIA.— Estaba muy asustado.

BASTIAN.— Conté algo que no había leído, que te leí después. De «Alicia a través del espejo».

ALICIA.— «El niño, ¿Se pondrá bien?»

BASTIAN.— Días después fui a la fuente para buscar entre los cuerpos que están allí tendidos, expuestos como si fueran estatuas de las que enorgullecerse. No encontré a mis padres.

ALICIA.— ¿Cuándo vienen a limpiar todo esto?

BASTIAN.— No sé si seguir aquí un día más o si tendría que haberme ido ayer.

ALICIA.— ¿Será así como se entierra una ciudad? ¿Entre tanta basura?

BASTIAN.— ¿Cómo me despido de la calle en la que crecí, de la universidad a la que no llegué a ir, del lugar donde no pude curar a mis padres?

ALICIA.— Me miro en el trozo de espejo que estoy barriendo.

BASTIAN.— La fuente ya no tiene agua en la que reflejarse.

ALICIA.— ¿Quién eres tú?

**Seísmo 3. Alicia y sus recuerdos
(Mono/Diálogo a dos voces de Alicia)**

- No, eso no pasó. Tú nunca te acercaste a esa casa. Tú no te quedaste quieta mirando. Fui yo.
- Qué dices, tú no te acuerdas.
- Pero si los odiabas.
- NUNCA. Yo nunca he odiado—
- Fuiste tú quién se chivó. Y cuando se los llevaron yo me quedé quieta mirando desde la puerta de casa.
- Jamás he sido chivata.
- Llamaste y dijiste que había alguien escondido ahí.
- No, no, no. Vinieron un día y se los llevaron, pero yo no dije nunca nada, ¿me oyes?
- Qué estás diciendo, te digo que tú te pusiste a renegar de los extranjeros que venían, que si nos iban a quitar el trabajo, que si había que construir un muro, que si—
- Y es verdad.
- No, no lo es. Como puedes decir tú, tú—
- Yo soy de aquí. Yo nací aquí. Esta es mi casa.
- Pero, mamá, si tu padre—
- Yo no dije nada a nadie, yo qué iba a decir.

- Dijiste que estaban escondidos en la casa de tu vecina, que los habías visto.
- Anda, anda, que me vas a poner de mal humor.
- Cómo es posible que no te acuerdes.
- Me acuerdo de todo, y te digo que YO NO HICE ESO. Fue la propia vecina la que—
- Te lo inventas todo. Como cuando dijiste que habías enterrado un pájaro en el camino de piedras.
- El que pasaba por al lado de casa.
- Yo, YO lo enterré. Y te lo conté después.
- Me acuerdo perfectamente. Hacía frío—
- Te conté que hacía frío.
- Yo iba con un anorak gordo,/ y con guantes de lana, porque tenía las manos heladas...
- No te has puesto un anorak en la vida.
- Recogí al pájaro así, de entre los cristales, que se estaba quedando en nada el pobre, se le caían todas las plumas...
- Mamá, era yo. Iba con mis amigos, cogimos al pájaro muerto y lo metimos entre la tierra.
- Estábamos mi padre y yo. Mi madre estaba duchándose, lo sé porque se oía el agua. Era un sábado por la mañana. Mi padre vio al pájaro y me dijo—
- Cómo iba a estar... si eso fue—
- me dijo que tuviera cuidado con los cristales. Y luego yo lo dejé enterrado, quité las piedras blancas y debajo, a la sombra del árbol ese...

- ¿Qué árbol?
- El que hacía «ssshh» con las hojas.
- ¿Cómo se llamaba?
- ¿Qué?
- El pájaro. ¿Cómo se llamaba el pájaro?
- El pájaro. Cómo voy a—
- Lo llamamos Fujur.
- Eso, Fujur. Por el del libro...
- «La historia interminable»
- El que te leía de pequeña, ¿te acuerdas? A mi padre / le encantaba.
- Sí, sí, me acuerdo.
- Me parece como si pudiera verlo ahora mismo. (*Pausa*)
Un pájaro amarillo, tan pequeño. Se le volaban todas las plumas. Parecía asustado.
- Estaba muerto, muerto.
- Me dio tanta pena...
- Son mis recuerdos, mamá. Míos. Cada cosa que te digo, cada cosa que te cuento tú la conviertes en algo tuyo. Los demás también tenemos nuestros recuerdos. Vivimos cosas, y tenemos derecho a que sean nuestras, a que sean nuestros recuerdos. ¿Quién eres tú para inventártelos? Eh, ¿quién eres tú para robar los recuerdos de otros? Dijo. (*Pausa*) Dijo «¿quién eres tú para robar los recuerdos de otros?», y se echó a llorar. Se puso nerviosa. Entonces yo me callé. No dije nada, porque a mí me

parece de verdad que yo lo viví, que yo enterré al pájaro, ¿entiende? Lo otro no, eso otro que dice ella, eso no lo hice yo. Yo no soy así. Yo nunca haría eso. Si yo... ¿Usted piensa que...? Pero cómo puedo recordar... Sí, la sensación del frío y las piedras en... Si ella me lo contó, si ella fue quien lo vivió yo cómo... ¿Cómo puedo saber...? No sé, a lo mejor me confundí con eso. Pero en lo otro no. Yo nunca hubiera... Eso lo recuerdo perfectamente.

Escena 8. Nuestra nueva ciudad

Bastian se acerca a Alicia que está sentada, abrazada a su guía, mirando hacia el horizonte. Le coloca un walkman. Según le da al play comienza a sonar «Under the bridge» de Red Hot Chili Peppers. Bastian se sienta a su lado, se acerca al casco de Alicia para poder escuchar. Sus cabezas descansan la una sobre la otra. Bastian canta y tararea sin saberse la letra. Alicia sonríe. Los dos miran lejos e imaginan mientras recuerdan. A medida que avanza la canción, que sonará hasta el final, se van encendiendo las luces de la que será su nueva ciudad, a la que llamaron «Eleucea».

Epílogo

Suena una campana lejana doce veces.

BASTIAN.—Alicia... Aliiiiiciaaaa... ¿dónde estás? ¡A que te cojo, te cojo, te cojo...! Venga, a la cama. Que ya es tarde. No, a saltar a la cama, no, a meterse dentro. Uno solo, ¿eh? No sé por qué te leo cuentos para dormir. No te duermen, te despiertan más... Pero si te he leído «Alicia en el país de las maravillas» muchas veces, te lo tienes que saber de memoria. Otro. ¿«La historia interminable»? Un poco largo, sí... A ver, te cuento algo que pasó aquí, bueno, una leyenda ¿vale? Pues... ¿sabes que fue una Alicia quién creó esta ciudad? (*Pausa*) Eso es lo que te dicen en clase, pero fue ella y un joven recién llegado cuando esto eran solo los restos de... las ruinas. De verdad. Pues no te lo creas si no quieres. Las calles, las chimeneas de las casas, tu colegio, sí, tu colegio también... ellos lo vieron antes de que existiera. Lo de antes se había destruido. No quedaba nada. Ella dejó crecer a las plantas, las regó para que se enredaran entre las piedras, para que brotaran desde el asfalto de las aceras. Él rehizo la panadería de la esquina, a la que vamos tú yo a comprar el pan, dio nombre al río... ¿Por qué Sotuloma? Significará algo en algún idioma antiguo... O simplemente porque le gustó. Alicia y Bastian se llamaban. Como nosotros, sí. Pues...

ellos reescribieron juntos la plaza mayor, las fuentes, la biblioteca, el puente largo, la cafetería de los croissants ricos. Lo imaginaron todo de nuevo. Construyeron cines donde antes hubo centros comerciales. Centros comerciales eran... una especie de edificios enormes de ruido. No, a los locos los llevaban a otros sitios. Tampoco existen ya. Ahora son las casas de música. Cuando seas mayor te llevaré a algún concierto a una, ¿vale? Y... También limpiaron el aire con sus manos, así, «zas,zas», taparon algunas farolas para que se pudieran volver a ver las estrellas, que no se veían desde hacía muchísimos años... *(Silencio)* Habría que hacer algunos cambios, sí. A mí tampoco me gusta ese edificio alto, es muy feo, no deja ver el horizonte, ¿verdad? Quizá cuando seas arquitecta podrías hacer tú de nuevo la ciudad. No queda nada. Bueno... unos cuantos años. Mañana si quieres damos un paseo y me cuentas cómo la harías tú. Nosotros, vale. Lo podemos apuntar todo en uno de tus cuadernos, para que no se nos olvide. Hacemos una guía. Tendremos que darle un nombre. Las ciudades siempre empiezan con un nombre nuevo. Piensa uno mientras duermes. Una de esas palabras que te inventas, una palabra imposible. Buenas noches, mi vida.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA